

tristes reliquias de su honra ya tan comprometida. Este desgraciado prefirió á su ignominia una muerte inmediata, que le librara de la vergüenza que le debía causar un debate público; y este sentimiento es prueba de que aún valía algo más de lo que su anterior conducta indicaba. Había pedido prestadas á Mr. Real las obras de Séneca; una noche, después de haber leído muchas horas y dejado abierto el libro en el capítulo que trata de la muerte voluntaria, se ahorcó con una corbata de seda que á modo de cordel retoreó á su cuello, sirviéndole de torniquete un palo (1). Al concluir la noche, oyendo cierto ruido en su cuarto, entraron sus guardianes y le encontraron ahogado, amoratado el rostro como si hubiera sufrido un ataque de apoplejía. Los médicos y magistrados, que fueron llamados, no dejaron la menor duda sobre el género de su muerte, poniéndola en perfecta evidencia á los ojos de todas las personas de buena fe.

Pero para los partidos nunca hay pruebas bastante claras cuando están resueltos á dar crédito á una calumnia ó propagarla sin creerla. Los realistas, que naturalmente se complacían en imputar al gobierno toda clase de crímenes, y los ociosos, que sin malignidad propenden á ver en todos los acontecimientos más de lo que hay, propalaron inmediatamente que Pichegrú había sido estrangulado por los sicarios del primer cónsul (2). Este suceso, que tomó el nombre de catástrofe del Temple, era el complemento de la catástrofe de Vincennes; la una servía de continuación á la otra. Así se iba desarrollando el carácter del nuevo Nerón, el cual siguiendo el ejemplo del príncipe romano, pasaba del bien al mal y de la virtud al crimen casi sin transición; y como los que se tomaban el trabajo de motivar sus falsedades necesitaban alegar alguna razón para explicar semejante atentado, decían que por no tener esperanza de convencer á Pichegrú se le había asesinado, para que en la vista de la causa su presencia no pudiera servir de justificación á sus consortes.

(1) El autor dice: «Se estranguló con una corbata de seda, de que hizo una cuerda, y con una clavija de madera que le sirvió de palanca,» haciendo sumamente oscura la descripción de aquel suicidio. La que nosotros hemos substituído está tomada de la declaración auténtica firmada por los facultativos que nombró el tribunal criminal del Sena en aquella circunstancia. Tampoco concuerda Mr. Thiers con la explicación oficial que publicó el *Monitor* al día siguiente de la catástrofe, sin duda porque, tomando ya el partido de favorecer á Bonaparte y de deprimir á sus enemigos, cree deber despojar á dicha explicación oficial de todo cuanto en ella revela espíritu calumnioso y pasión mezquina, conciliando la honra de su héroe con el respeto debido al malhadado vencedor de la Holanda. En efecto, el *Monitor* publicó que la noche en que se suicidó Pichegrú cenó intemperadamente, porque gustaba de entregarse á los placeres de la mesa, y que, estando ya repleto, abrió el Séneca por el paraje en que diserta el filósofo sobre la facilidad del tránsito á la eternidad, después de lo cual consumó el suicidio. Si esto dice la relación oficial del caso, ¿de dónde sacó Mr. Thiers que Pichegrú estuvo leyendo aquel libro muchas horas?

(N. del T.)

(2) Tal fué la creencia general, y de ella participó el cuerpo diplomático; y en prueba citaremos una carta del príncipe Dalberg, escrita el día 11 de abril; «La muerte de Pichegrú ha producido gran sensación. Todos sabían que de él no podía conseguirse revelación ninguna, y que por el contrario declaraba constantemente que hablaría en el tribunal... Jorge hace alarde de igual constancia y firmeza; convenía, pues, que uno ú otro desapareciese de la escena...; á Pichegrú le ha tocado ser la víctima preferida. El cuadro que ofrece este país y este reinado es la historia de los emperadores romanos del Bajo imperio.»

(N. del T.)

Era éste el mayor absurdo y la más odiosa de las invenciones. Si algún acusado había cuya presencia fuese útil al interés del primer cónsul, era ciertamente Pichegrú. Pichegrú, en cuanto á su persona, no podía pasar por un rival temible después de haberle arruinado en el público concepto su participación probada en el partido realista, y por otra parte, las declaraciones de los acusados de todos los partidos le confundían igualmente (3). El hombre temible, si es que había alguno por su gloria aún intacta, y por la dificultad de vencerle, era Moreau; y si contra éste había algún acusado útil, era Pichegrú, que había servido de medianero entre republicanos y realistas. En efecto, Pichegrú compareciendo en juicio no podía negar sus relaciones con Jorge, ni sus relaciones con Moreau; y no pudiendo tampoco explicarlas, tenía que establecer inevitablemente cierto vínculo entre Moreau y los realistas que hundiese á aquél en una justa confusión. Finalmente, antes de cometer un crimen para librarse de una rivalidad formidable, Moreau era, y no Pichegrú, el que debía terminar la vida violentamente antes de fenecida la causa. Por consiguiente, la suposición era tan atroz como estúpida (4). Sin embargo, los noveleros de las reuniones realistas no dejaron por eso de dar por sentado que el primer cónsul había hecho estrangular á Pichegrú para desembarzarse de él. Tan indigna acusación debía quedar en breve pulverizada, pero entretanto alarmaba los ánimos, y los propagadores de falsas noticias coadyuvaban repitiéndola á la perfidia de sus inventores. Esta nueva desgracia avivó por unos cuantos días las impresiones que la conspiración de los príncipes emigrados había producido; y sin embargo, estas impresiones no podían ser duraderas. Si las personas ilustradas afectas al primer cónsul, y celosas por su gloria, no podían menos de abrigar en lo íntimo de su corazón cierto pesar profundo, las masas en cambio conocían que podían descansar sin temor al amparo de un brazo justo y enérgico, y nadie creía seriamente que volviesen á renovarse los castigos, las expoliaciones y los destierros (5). Aun las personas

(3) Este es un verdadero sofisma; mal podía haber perdido Pichegrú la reputación, grande por cierto, de que gozaba, cuando la opinión pública aún no se había pronunciado; porque aguardaba que el reo produjese en la vista de su causa los documentos que todo el mundo suponía en su poder, relativos á ciertos tratos secretos con los italianos y los ingleses que comprometían gravemente á Bonaparte.

(N. del T.)

(4) Por lo general sólo se sospecha de aquellos á quienes sus antecedentes condenan, y no es estupidez inculpar á un gobierno de un crimen que se sabe es muy capaz de cometer, cuando su mismo modo de disculparse le acusa. Para desvanecer las sospechas del pueblo, se molestó á los demás prisioneros del Temple con continuos interrogatorios, se reforzaron las guardias, y la policía, para estorbar los suicidios, colocó un gendarme de vista en cada calabozo. Pero todo fué inútil: el vulgo juzgaba por los antecedentes; las personas ilustradas por su parte conocían muy bien la dificultad de que un hombre pueda por sí mismo estrangularse, cuando la medicina legal apenas explica un suicidio en que concurren dos acciones tan contrarias como la fuerza para consumir la estrangulación y la debilidad que precede á la muerte. Un poder probó no es nunca acusado de ningún crimen; las sospechas de la muerte de Pichegrú no podían menos de recaer sobre los que acababan de fusilar á un príncipe de treinta y dos años en los fosos de Vincennes.

(N. del T.)

(5) Fué por el contrario tan violento el clamor de la pública acusación, que Bonaparte en un raptó de cólera exclamó: «Que estaba resuelto á mudar la capital, y á fundar como Constantino una nueva Bizancio contra Roma la ingrata.» (V. Pelet de la Lozère: *Opinión de Napoleón.*)

(N. del T.)

particularmente comprometidas por la revolución, fuerza es confesarlo, ya porque hubiesen adquirido bienes nacionales ó cargos públicos, ó una celebridad enojosa, experimentaban cierta secreta satisfacción viendo al general Bonaparte separado de los Borbones por un abismo de sangre real.

Fuera de esto, las sensaciones producidas por los acontecimientos políticos se limitaban á un número de personas cada día más reducido. La extraordinaria participación que había tomado el país en los negocios públicos durante la revolución, había cedido su lugar á una especie de indiferencia procedente á un mismo tiempo del cansancio y de la confianza. En los primeros tiempos del consulado aún se tenían los ojos fijos en el gobierno con cierta ansiedad; pero viéndole en breve tan acertado y dichoso, todos se abandonaron á la seguridad, al reposo y al cuidado de los asuntos privados, largo tiempo desatendidos durante una revolución tempestuosa que trastornó á la vez la propiedad, el comercio y la industria. De aquellas masas sublevadas, sólo continuaban atentas á los sucesos del día esas clases que tienen el suficiente ocio é ilustración para ocuparse en los negocios del Estado, y fuera de éstos, los interesados en todos los partidos, como emigrados, clérigos, compradores de bienes nacionales, militares y empleados.

Ahora bien: las impresiones en esta clase de público andaban muy repartidas; si los unos tachaban de abominable el acto cometido contra la persona del duque de Enghién, no presentaban como menos abominables los otros las tramas renovadas sin cesar contra la persona del primer cónsul. Decían éstos que los realistas, para volverse á apoderar del gobierno, de que eran indignos é incapaces, se exponían á destruir todo gobierno en Francia; que muerto el primer cónsul nadie podría manejar las riendas del poder con la suficiente energía; que se volvería á un régimen anárquico y sangriento; que, calculado todo, se había hecho perfectamente en mostrar severidad para desalentar á los malvados é imprudentes; que los realistas eran incorregibles; que colmados de beneficios por el primer cónsul, no sabían mostrarse ni agradecidos, ni resignados, y que para acabar con ellos había sido preciso aterrarlos siquiera una vez. Esto se repetía en las reuniones formadas en torno del gobierno, donde figuraban los jefes del ejército, de la administración y de la magistratura, y los miembros del senado, del tribunado y del cuerpo legislativo, hasta que empezando á disiparse la impresión causada por la muerte del duque de Enghién, las mismas gentes pacíficas y desinteresadas que sólo deseaban que se las dejara descansar á la sombra del brazo poderoso que gobernaba á la Francia, comenzaron insensiblemente á repetir lo mismo con corta diferencia.

De este conflicto de opiniones surgió instantáneamente una idea que se propagó en breve con la rapidez del rayo. Los realistas, considerando al primer cónsul como único obstáculo para realizar sus proyectos, habían querido matarle, esperando que también acabaría con él el gobierno entero. Siendo esto así, se decía, ¿no convenía destruir sus criminales esperanzas? Parecía ya necesario que el hombre á quien querían destruir llegase á ser rey ó emperador, para que, agregado á su poder el derecho hereditario, le asegurase éste sucesores natura-

les é inmediatos, y llegando á ser inútil el crimen intentado contra su persona, se desvaneciese la idea de cometerlo nuevamente. Vemos, pues, que el retroceso hacia las opiniones monárquicas fué rápido en pocos años. De cinco directores nombrados por cinco años, se pasó á la idea de tres cónsules, nombrados por diez años, y de la idea de tres cónsules, á la de un solo cónsul de hecho con poder perpetuo. Ya en este camino no era fácil detenerse hasta dar el último paso, es decir, hasta volver al poder hereditario, para lo cual bastaba el menor impulso dado á los ánimos. Tomaron á su cargo los realistas dar este impulso queriendo asesinar al primer cónsul, y con esto ofrecieron un espectáculo de los más comunes, porque por lo general los enemigos de un gobierno son los que con sus ataques imprudentes le obligan á progresar más rápidamente.

Oyéronse en un momento, y casi espontáneamente, pieconizar las ideas de monarquía y derecho hereditario, así en el senado como en el cuerpo legislativo y en el tribunado; y no sólo en París, mas también en las capitales de departamentos, donde estaban reunidos los colegios electorales, y en los campamentos diseminados en las costas. Este movimiento de los ánimos era natural, y también un tanto excitado por las manifestaciones de las diversas corporaciones que sólo aspiraban á hacerse buen lugar, de los prefectos que hacían alarde de su buen celo, y de los generales que deseaban llamar la atención de su poderoso soberano, sabiendo todos muy bien que proponiendo la monarquía adivinaban el secreto pensamiento de éste, y que de seguro no se daría por ofendido si por casualidad apresuraban el momento prefijado por su ambición.

El lenguaje que se oyó por todas partes fué el mismo, sin haber sido inspirado; era preciso, se decía, poner un término á las incertidumbres y á los falsos escrúpulos, volver á la sola institución permanente, que era la monarquía hereditaria, porque mientras los realistas esperasen destruir el gobierno y la revolución de un solo golpe, siempre reproducirían sus atentados y aun quizá acabarían por salirse con la suya. Pero cuando viesan al lado del primer cónsul hijos ó hermanos designados para sucederle, y al nuevo gobierno dotado, como el antiguo, de la cualidad de sobrevivir á su propia muerte, no volverían á conspirar, ó por lo menos no tendrían tanto interés en hacerlo. Colocar una corona sobre esa cabeza sagrada y preciosa, en la cual descansaban los destinos de la Francia, era como cubrirla con un escudo que la defendiese del puñal de los asesinos. Amparando esa cabeza se ampararían todos los intereses creados por la revolución; se salvarían de una reacción sangrienta los hombres comprometidos por sus extravíos; conservarían los compradores de bienes nacionales sus propiedades, los militares sus grados, todos los individuos del gobierno sus puestos, la Francia el régimen de igualdad, de justicia y de grandeza que había conquistado. Por otra parte, añádase, todos participaban ya de más sanas ideas, ya nadie acertaba á comprender cómo había sido posible dejarse arrastrar por unos insensatos teóricos á convertir la antigua y dilatada Francia en una república por el estilo de las de Atenas y de Esparta. Todos reconocían que destruyendo la monarquía con la república, se habían traspasado los legítimos y primitivos deseos de la revolución de 1789,

que sólo quería la reforma de los abusos, la abolición del régimen feudal, la modificación de la autoridad real, y no su destrucción; que si en 1802, cuando se instituyó el consulado perpetuo, falsos miramientos y consideraciones de decoro habían podido contener á los legisladores de la Francia, hoy que ya había pasado esta vergüenza mal tenida, hoy que los crímenes de los realistas habían acabado de abrir á todos los ojos, era ya preciso decidirse, y constituir el gobierno de una manera completa y definitiva; que, en último resultado, todo se reducía á confirmar el hecho con el derecho, porque en realidad el general Bonaparte era rey, y rey absoluto; al paso que confiéndole la corona bajo su verdadera forma, se trataría con él, se limitaría su autoridad, y se daría con un acto mismo estabilidad al gobierno y garantías á la libertad.

Tal era el lenguaje general algunos días después de las dolorosas escenas que dejamos referidas.

¡Qué espectáculo el de esta nación, que después de haber planteado una república sangrienta bajo la Convención y una república moderada, pero inerte, bajo el Directorio, cansada súbitamente bajo este gobierno colectivo y civil, pide á gritos á un militar que la gobierne por su mano, y se muestra tan ansiosa de lograrlo, que está resuelta á entregarse al desgraciado Joubert en ausencia del general Bonaparte; le sale á éste al encuentro á su vuelta de Egipto, le suplica acepte un poder que él mismo deseaba con ansia, le hace cónsul por diez años, después cónsul perpetuo y finalmente monarca hereditario, para que el brazo vigoroso de un guerrero la proteja contra esa anarquía cuya espantable sombra la persigue incesantemente! ¡Qué enseñanza para los sectarios, que en el delirio de su orgullo se lisonjearon de convertir la Francia en una república, porque el tiempo la había convertido en democracia! ¿Qué se necesitó para verificar este cambio de ideas? Cuatro años solamente y una conspiración abortada contra el hombre extraordinario que era objeto del amor de unos, del rencor de otros y de la asidua atención de todos! Pero admiremos todavía esta lección profunda. Ese hombre acababa de verse expuesto á un atentado criminal, pero también á su vez acababa de cometer un acto sanguinario; y sin embargo, tan necesario se juzgaba, que no se temió levantarle sobre el pavés. Recibíasele en verdad menos puro, pero no menos glorioso; recibíasele con su genio, y lo mismo se le hubiera recibido sin él, con tal que fuese poderoso; ¡tanto se anhelaba el poder acabar tan grandes desórdenes! ¿No hemos visto por ventura nosotros, no lejos de nuestra tierra, á naciones consternadas entregarse á soldados adocenados sólo porque representaban el aparato de la fuerza?

La antigua república romana, antes de poder acostumbrar á sus hijos á la idea de un poder monárquico y hereditario, hubo de experimentar largo tiempo la necesidad de un jefe único y el inconveniente muchas veces repetido de la transmisión electiva del poder; fué preciso que pasaran por ella muchas generaciones: César, primero, luego Augusto y después de éste Tiberio. No eran menester tantas precauciones en Francia, con un pueblo acostumbrado por espacio de doce siglos á la monarquía, y sólo por espacio de diez años á la república; bastaba un mero accidente para hacerle des-

pertar del sueño en que le habían sumido algunos cerebros extraviados, aunque de buena intención, y volver á los vivos é indestructibles recuerdos de la nación entera.

En todo país trabajado por las facciones y amenazado por enemigos exteriores, la necesidad de un gobierno producirá tarde ó temprano el triunfo de un personaje poderoso, guerrero como César en Roma, opulento como los Médicis en Florencia. Si este país vivió largo tiempo en república, tendrán que pasar varias generaciones para amoldarlo á la monarquía; pero si vivió siempre bajo un régimen monárquico y la exaltación de las facciones le sacó por un momento de su natural estado para trocarlo en efímera república, bastarán unos cuantos años de turbulencia para inspirarle horror á la anarquía, menos años aún para encontrar un soldado capaz de acabar con ella, y un mero deseo de este soldado, ó un conato de sus enemigos, para hacerle rey ó emperador y conducir otra vez al país á sus antiguos hábitos y disipar la ilusión de los que creyeron cambiar la naturaleza humana con vanos decretos y con juramentos más vanos todavía. Roma y Florencia, repúblicas mucho tiempo, se entregaron la una á los Césares, la otra á los Médicis, empleando en ello más de medio siglo; la Inglaterra y la Francia, repúblicas de diez años, se sometieron en tres ó cuatro solamente, la una á Cromwell, la otra á Napoleón.

De este modo la revolución, en su rápido giro, estaba destinada á hacer un día pública confesión de sus errores, unos tras otros, desmintiéndose ruidosamente á sí misma. No nos alucinemos sin embargo: cuando quiso la abolición del régimen feudal, la igualdad ante la ley, la uniformidad de la justicia, de la administración y de los impuestos y la intervención regular de la nación en el gobierno del Estado, no procedió equivocada; entonces no tenía por qué desmentirse, ni se le ocurrió el hacerlo. Cuando por el contrario quiso una igualdad bárbara y quimérica, la confusión de toda jerarquía social, la presencia continua y tumultuosa de la multitud en el gobierno, la república en una monarquía de doce siglos y la abolición de todos los cultos, fué demente y culpada, y no podía menos de hacer alguna vez ante el universo la confesión de sus extravíos. Mas ¡qué importan unos cuantos errores pasajeros en parangón con las eternas verdades que ha legado al género humano escritas con su propia sangre! Hasta sus mismos horrores contenían útiles y graves enseñanzas, ofrecidas al mundo con incomparable grandeza. Sin embargo, si la Francia en su retroceso á la monarquía obedecía á las leyes inmutables de la sociedad humana, justo es reconocer que caminaba con sobrada celeridad, como es frecuente en las revoluciones. Cromwell se contentó con una dictadura con el nombre de protectorado; la dictadura bajo la forma de consulado perpetuo, con un poder ilimitado como su genio y duradero cuanto su vida, hubiera debido bastar al general Bonaparte para hacer y consumir todo el bien que meditaba, para reconstruir esa antigua sociedad destruida, y para transmitirla, después de reorganizada, ya á sus herederos, si estaba dispuesto que los tuviese, ó bien á los que, más afortunados, estaban llamados á disfrutar algún día de sus inmensas obras. Pero estaba, en efecto, escrito en el libro de la Providencia que la revolución, prosiguiendo

su carrera de retorno, traspasase el límite del restablecimiento de la forma monárquica y llegase hasta el de la misma antigua dinastía. Para cumplir, pues, su noble destino, creemos que bastaba la dictadura en forma de consulado perpetuo al general Bonaparte, y que creándole monarca hereditario, se intentaba un paso que ni era ventajoso para su grandeza moral ni el más seguro para la grandeza de la Francia. No faltaba por cierto el derecho á los que pretendían convertir á un soldado en rey ó emperador: la nación podía incontestablemente conferir á quien quisiera, y á un guerrero sublime más que á cualquier otro, el cetro de Carlomagno y de Luis XIV; pero este guerrero, en su posición natural y sencilla de primer magistrado de la república francesa, no tenía igual en la tierra ni aun en los más encumbrados tronos. Al convertirse en monarca hereditario, iba á ponerse en parangón con los reyes, grandes y pequeños, y á constituirse inferior á ellos bajo el punto de vista del nacimiento; esta especie de inferioridad sería irremediable, aunque sólo existiera á los ojos de la preocupación. Una vez mezclado con ellos y lisonjeado, por lo mismo que era temido, lo menospreciarían en secreto los más insignificantes. Pero lo que es aún más grave: ¿qué no intentaría él después de ser rey ó emperador para hacerse rey de los reyes y cabeza de una dinastía de monarcas, todos procedentes de su nuevo trono? ¡Cuántas empresas gigantescas se anunciaban en que quizás iba á sucumbir la grandeza de la Francia! ¡Cuántos estímulos para una ambición ya sobradamente excitada, y que sólo podía perecer por sus propios excesos!

Así, pues, si la institución del consulado perpetuo fué un acto prudente y político, el complemento indispensable de una dictadura ya de todo punto necesaria; el restablecimiento de la monarquía en la persona del primer cónsul fué, en nuestra opinión por lo menos, no ya una usurpación (palabra tomada del lenguaje de la emigración), sino un acto de vanidad de parte del genio que se entregó con excesivo ardor á semejante empresa y un rasgo de codicia de parte de los nuevos convertidos, ansiosos de devorar aquel reinado momentáneo. Sin embargo, si sólo se trataba de ofrecer á los hombres una enseñanza, convendremos en que la lección debía ser más instructiva y profunda, más digna de las que suele dar la Providencia á las naciones, dimanando de aquel soldado heroico y de aquellos republicanos nuevamente convertidos á la monarquía, ansiosos todos de cubrirse de púrpura sobre los restos de la república de diez años á la cual habían prestado mil juramentos. Desgraciadamente la Francia había pagado con su sangre el delirio republicano de aquellos cerebros, y se veía á pique de perder su grandeza por su nuevo celo monárquico; porque efectivamente, sólo por dar reyes franceses á la Westfalia, á Nápoles y á España, ha perdido la Francia el Rhin y los Alpes; de modo que esta nación estaba destinada á servir en todo de escarmiento al universo: ¡gran desgracia y grande gloria para ella!

Al verificarse cualquier cambio, se necesitan hombres que contraigan el empeño de realizar las ideas que obran en todos los cerebros; en una palabra, se necesitan instrumentos. Para la revolución que se preparaba se encontró uno, singularmente apto para las circuns-

tancias. Mr. Fouché, por un resto de sinceridad, había hasta el presente censurado la rapidez de la reacción que hacía retroceder á la Francia al tiempo pasado, y aun se había granjeado el favor de madama Bonaparte aparentando participar de sus vagos temores; pero por este mismo motivo cayó en desgracia con su ambicioso marido. Había perdido ya un ministerio por el ingrato papel de censor secreto, y no quería seguirle haciendo más tiempo. Tomó por lo tanto un camino enteramente contrario, y dirigiendo espontáneamente las investigaciones de la policía en la última conspiración, volvió á recobrar en cierto modo su posición perdida. Viendo al primer cónsul profundamente encolerizado contra los realistas, halagó su cólera y le impulsó á sacrificar al duque de Enghién; porque si á alguno se le ocurrió en aquella época la idea, atribuida generalmente al primer cónsul, de celebrar un pacto sangriento con los revolucionarios, obteniendo de ellos la corona á costa de una horrible prenda, si hubo algún alma capaz de concebir tan negro pensamiento, fué ciertamente la de Mr. Fouché. Encomiador de la muerte del duque de Enghién, fué también el más ardiente de los nuevos partidarios del derecho hereditario. Excedía en celo monárquico á Talleyrand, á Rœderer, y al mismo Mr. de Fontanes.

No necesitaba por cierto el general Bonaparte de estímulos para aspirar al trono. Ambicionaba el poder supremo, no porque hubiera sido tal su idea constante desde sus campañas de Italia, ni siquiera desde el 18 brumario, como ha supuesto el vulgo de los historiadores, porque no es posible conciliar á un mismo tiempo todos los deseos, sino porque su ambición había ido creciendo por grados como su fortuna. Después de conseguir el mando de los ejércitos, divisó desde aquel punto elevado las alturas, más elevadas aún, del gobierno de la república, y aspiró á ellas. Llegando á estas alturas entrevió las del consulado perpetuo, más culminantes todavía, y también aspiró é ellas del mismo modo, hasta que colocado en estas últimas, y viendo claramente el trono, quiso poner en él la planta. Así procede la ambición humana, y esto no era un crimen; pero esta ambición siempre aguijoneada y nunca satisfecha, porque el satisfacerla sólo era estimularla, era para los hombres perspicaces un verdadero peligro.

Pero el genio, por atrevido que sea, en el momento de apoderarse de una autoridad que no le pertenece naturalmente, si no teme titubea por lo menos. En esta situación, un pudor involuntario embarga la ambición más desenfadada y el hombre no se atreve á declarar todo lo que desea. El primer cónsul, que hablaba poco de negocios de Estado con sus hermanos, cuando se trataba de su engrandecimiento personal tenía en ellos confidentes á quienes le placía contarle todo, confidentes más eficaces que él mismo, por cuanto los devoraba el ansia de ser príncipes. Se recordará que éstos miraron el consulado perpetuo con despecho, y lo consideraron como una tentativa frustrada. En la época de que hablamos, Luciano, por una nueva inconsecuencia de las suyas, se había casado con una viuda hermosa, pero muy poco proporcionada á la posición de la familia Bonaparte, é indispuesto con el primer cónsul; por esta causa se había retirado á Roma jactándose de hacer el papel de proscripto, y aparentando buscar en los goces